



Ahora voy a contarles alguna historia de pájaros. En el lago Budi perseguían a los cisnes con ferocidad. Se acercaban a ellos sigilosamente en los botes y luego rápido, rápido remaban... los cisnes, como los albatros, emprenden difícilmente el vuelo, deben correr patinando sobre el agua. Levantan con dificultad sus grandes alas. Los alcanzaban y a garrotazos terminaban con ellos.

Me trajeron un cisne medio muerto. Era una de esas maravillosas aves que no he vuelto a ver en el mundo, el cisne cuello negro. Una nave de nieve con el esbelto cuello como metido en una estrecha media de seda negra. El pico anaranjado y los ojos rojos.

Esto fue cerca del mar, en Puerto Saavedra, Imperial del Sur.

Me lo entregaron casi muerto. Bañé sus heridas y le empujé pedacitos de pan y de pescado a la garganta. Todo lo devolvía. Sin embargo, fue reponiéndose de sus lastimaduras, comenzó a comprender que yo era su amigo. Y yo comencé a comprender que la nostalgia lo mataba. Entonces, cargando el pesado pájaro en mis brazos por las calles, lo llevaba al río. Él nadaba un poco, cerca de mí. Yo quería que pescara y le indicaba las piedrecitas del fondo, las arenas por donde se deslizaban los plateados peces del sur. Pero él miraba con ojos tristes la distancia.

Así cada día, por más de veinte, lo llevé al río y lo traje a mi casa. El cisne era casi tan grande como yo. Una tarde estuvo más ensimismado, nadó cerca de mí, pero no se distrajo con las musarañas con que yo quería enseñarle de nuevo a pescar. Se estuvo muy quieto y lo tomé de nuevo en brazos para llevármelo a casa. Entonces, cuando lo tenía a la altura de mi pecho, sentí que se desenrollaba una cinta, algo como un brazo negro me rozaba la cara. Era su largo y ondulante cuello que caía. Así aprendí que los cisnes no cantan cuando mueren.

El verano es abrasador en Cautín. Quema el cielo y el trigo. La tierra quiere recuperarse de su letargo. Las casas no están preparadas para el verano, como no lo estuvieron para el invierno. Yo me voy por el campo y ando, ando. Me pierdo en el cerro Ñielol. Estoy solo, tengo el bolsillo lleno de escarabajos. En una caja llevo una araña peluda recién cazada. Arriba no se ve el cielo. La selva está siempre húmeda, me resbalo; de repente grita un pájaro, es el grito fantasmal del chucao. Crece desde mis pies una advertencia aterradora. Apenas se distinguen como gotas de sangre los copihues. Soy sólo un ser minúsculo bajo los helechos gigantes. Junto a mi boca vuela una torcaza con un ruido seco de alas. Más arriba otros pájaros se ríen de mí con risa ronca. Encuentro difícilmente

el camino. Ya es tarde.

Mi padre no ha llegado. Llegará a las tres o a las cuatro de la mañana. Me voy arriba, a mi pieza. Leo a Salgari. Se descarga la lluvia como una catarata. En un minuto la noche y la lluvia cubren el mundo. Allí estoy solo y en mi cuaderno de aritmética escribo versos. A la mañana siguiente me levanto muy temprano. Las ciruelas están verdes. Salto los cerros. Llevo un paquetito con sal. Me subo a un árbol, me instalo cómodamente, muerdo con cuidado una ciruela y le saco un pedacito, luego la empapo con la sal. Me la como. Así hasta cien ciruelas. Ya lo sé que es demasiado.

Como se nos ha incendiado la casa, esta nueva es misteriosa. Subo al cerco y miro a los vecinos. No hay nadie. Levanto unos palos. Nada más que unas miserables arañas chicas. En el fondo del sitio está el excusado. Los árboles junto a él tienen orugas. Los almendros muestran su fruta forrada en felpa blanca. Sé cómo cazar los moscardones sin hacerles daño, con un pañuelo. Los mantengo prisioneros un rato y los levanto a mis oídos. ¡Qué precioso zumbido!

Qué soledad la de un pequeño niño poeta, vestido de negro, en la frontera espaciosa y terrible. La vida y los libros poco a poco me van dejando entrever misterios abrumadores. No puedo olvidarme de lo que leí anoche: la fruta del pan salvó a Sandokan y a sus compañeros en una lejana Malasia.

No me gustó Buffalo Bill porque mata a los indios. ¡Pero qué buen corredor de caballo! ¡Qué hermosas las praderas y las tiendas cónicas de las pieles rojas!

Muchas veces me he preguntado cuándo escribí mi primer poema, cuándo nació en mí la poesía.

Trataré de recordarlo. Muy atrás en mi infancia y habiendo apenas aprendido a escribir, sentí una vez una intensa emoción y tracé unas cuantas palabras semirrimadas, pero extrañas para mí, diferentes del lenguaje diario. Les puse en limpio en un papel, preso de una ansiedad profunda, de un sentimiento hasta entonces desconocido, especie de angustia y de tristeza. Era un poema dedicado a mi madre, es decir, a la que conocí por tal, a la angelical madrastra cuya suave sombra protegió toda mi infancia. Completamente incapaz de juzgar mi primera producción, se la llevé a mis padres. Ellos estaban en el comedor, sumergidos en una de esas conversaciones en voz baja que dividen más que un río el mundo de los niños y el de los adultos. Les alargué el papel con las líneas, tembloroso aún con la primera visita de la inspiración. Mi padre, distraídamente, lo tomó en sus manos, distraídamente lo leyó, distraídamente me lo devolvió, diciéndome:

- ¿De dónde lo copiaste? Y siguió conversando en voz baja con mi madre de sus importantes y remotos asuntos.

Me parece recordar que así nació mi primer poema y que así recibí la primera muestra distraída de la crítica literaria.

Mientras tanto avanzaba en el mundo del conocimiento, en el desordenado río de los libros como un navegante solitario. Mi avidez de lectura no descansaba de día ni de noche. En la costa, en el pequeño Puerto Saavedra, encontré una biblioteca municipal y un viejo poeta, don Augusto Winter, que se admiraba de mi voracidad literaria. “¿Ya los leyó?”, me decía, pasándome un nuevo Vargas Vila, un Ibsen, un Rocambole. Como un avestruz, yo tragaba sin discriminar.

Por ese tiempo llegó a Temuco una señora alta, con vestidos muy largos y zapatos de taco bajo. Era la nueva directora del liceo de niñas. Venía de nuestra ciudad austral, de las nieves de Magallanes. Se llamaba Gabriela Mistral.

Yo la miraba pasar por las calles de mi pueblo con sus ropones talaes, y le tenía miedo. Pero, cuando me llevaron a visitarla, la encontré buenamoza. En su rostro tostado en que la sangre india predominaba como en un bello cántaro araucano, sus dientes blanquísimos se mostraban en una sonrisa plena y generosa que iluminaba la habitación.

Yo era demasiado joven para ser su amigo, y demasiado tímido y ensimismado. La vi muy pocas veces. Lo bastante para que cada vez saliera con algunos libros que me regalaba. Eran siempre novelas rusas que ella consideraba como lo más extraordinario de la literatura mundial. Puedo decir que Gabriela me embarcó en esa seria y terrible visión de los novelistas rusos y que Tolstoi, Dostoievski, Chejov, entraron en mi más profunda predilección. Siguen acompañándome.

Fragmento

Pablo Neruda, Confieso que he vivido. Ediciones Nacionales Círculo de Lectores. Colombia, 1974

Responde:

1. Del fragmento leído se puede inferir que es:
 - A. una biografía de un poeta.
 - B. un reportaje periodístico a un poeta.
 - C. un fragmento de la autobiografía de un poeta.
 - D. una adaptación de un texto sobre pájaros.

2. ¿Qué tipo de narrador se presenta en el texto?
 - A. Protagonista.
 - B. Testigo.
 - C. Omnisciente.
 - D. En segunda persona.

3. ¿Qué antecedentes se entregan del texto leído?
 - I. El título del libro de donde fue extraído.
 - II. Una imagen del autor.
 - III. La página web donde se puede encontrar el texto.
 - IV. La editorial, el año y la ciudad de impresión del libro.
 - A. I y III
 - B. II y III
 - C. I, II y IV
 - D. I, II, III y IV

4. ¿Qué sentimientos, sensaciones e impresiones predominan en el texto leído?

- I. la soledad de un niño.
- II. el gusto por la lectura y la escritura de un niño.
- III. el amor por la naturaleza, especialmente por las aves.

- A. Solo I
- B. Solo III
- C. I y II
- D. I, II y III

5. Gabriela Mistral logró que el autor:

- A. aprendiera a conocer y preferir a los autores rusos.
- B. leyera todo tipo de literatura que se le ofreciese.
- C. compartiera con él conversaciones sobre la literatura preferida.
- D. educara en él un espíritu selectivo en la literatura.

6. Al referirse al cisne de cuello negro el autor señala:

“Una tarde estuvo más ensimismado...”

¿Qué quiere decir con ello?

- A. Que el cisne estuvo más activo y reaccionó bien ante los estímulos.
- B. Que el cisne atiende solo a sus pensamientos y se aleja de lo que le rodea.
- C. Que el cisne se sintió solo cuando regresó al río con el poeta.
- D. Que el cisne reaccionó con violencia cuando el poeta lo trata de curar.

7. El tema principal del texto leído es:

- A. la descripción de algunas aves del sur de Chile.
- B. la naturaleza vista por un niño en sectores del sur de Chile.
- C. la vocación y gusto por la lectura y escritura de un poeta desde niño .
- D. la relación padre/hijo, relatada por el autor cuando era niño.

8. Se puede inferir del texto que:

- I. el primer poema de Neruda fue escrito a su madrastra.
- II. se hace referencia solo a lugares del sur de Chile.
- III. la primera crítica literaria Neruda la recibe de su padre.
- IV. los libros le dejaron entrever los misterios del mundo y la vida.

- A. Solo I
- B. I y II
- C. II, III y IV
- D. I, II, III y IV

9. ¿Qué quiere decir la expresión subrayada “voracidad literaria”?

- A. Que el poeta tenía desde chico un deseo exagerado por leer.
- B. Que el poeta desde chico seleccionaba con pasión los autores a leer.
- C. Que Neruda en su infancia leía y comía a la vez con ansias.
- D. Que el poeta era un lector ávido de literatura rusa.

10. En el texto busca y escribe las siguientes figuras literarias: 6°

párrafo, una comparación:

.....

7° párrafo, una hipérbole:

.....

8° párrafo, una metáfora.:

.....

VOCABULARIO

Busca el significado y crea oraciones con las siguientes palabras.

<u>Palabra</u>	<u>Significado</u>
1. Sigilosamente	
2. Albatros	
3. Nostalgia	
4. Helechos	
5. Ensimismado	

Oraciones:

- 1. _____
- 2. _____
- 3. _____
- 4. _____
- 5. _____

CUENTO: La Pincoya <https://www.youtube.com/watch?v=X4dfP9CxRaM>